Aproximó Víctor á sus labios una copa de oro, llena de agua fresca. Juliano bebía ávidamente, sin apartar la vista del sol, el agua de manantial pura y fría como el hielo.

Luego dobló la cabeza y de sus labios entreabiertos se escapó un suspiro, el último.

—¡Alegráos!... ¡La muerte... es el sol! ¡Oh, Helios, acòjeme!... ¡Soy como tú!...

Se apagó su mirada. Víctor cerró sus ojos, y el rostro del emperador vuelto hacia los rayos del sol parecía el de un dios del Olimpo que durmiese.

XXI

Habían transcurrido tres meses desde el vergonzoso tratado de paz que firmó Joviano con los persas.

Empezaba Octubre y el ejército romano rendido por las marchas forzadas á través de la ardiente Mesopotamia y consumido por el hambre había vuelto por fin á Antioquía.

En aquel deplorable regreso, el centurión de las imperiales caballerizas, Anatolio, había hecho amistad con Amiano Marcelino, el joven historiador. Ambos habían decidido ir á Italia á descansar en una casita solitaria de Bai, donde Arsinoé les invitaba para rehacerse de las fatigas de la guerra y curarse sus heridas en los manantiales sulfurosos.

Detuviéronse algunos días á su paso en Antioquía donde se organizaban grandes fiestas en honor del advenimiento al trono imperial de Joviano y del regreso del ejército.

La paz firmada con el rey Sapor era deshonrosa para el imperio: cinco riquísimas provincias romanas á las orillas del Tigris, entre otras la de Corduana y la Regimene; quince fuertes fronterizos, la ciudad de Cinga, Castra Maurum y la inexpugnable Nasib, todo ello pasaba á poder de Sapor.

Mas los galileos no pensaban en la derrota de Roma. Cuando supieron la muerte de Juliano en Antioquía, los ciudadanos aterrorizados creían al pronto que fuera una nueva treta de Satanás, una nueva red para coger en ella á los justos. Pero cuando la noticia tuvo confirmación su gozo se convirtió en delirio.

Al clarear el día el ruído de la fiesta, los gritos de la multitud, llegaron hasta la morada de Anatolio que había decidido pasar el día en casa. El júbilo del pueblo le repugnaba. Procuraba dormir de nuevo y no lo conseguía poseído de una extraña curiosidad.

Sin comunicar nada á Amiano se vistió con presteza y salió á la calle.

Hacía una deliciosa mañana de primavera.

Las nubes aquí y allá destacábanse en el fondo azul confundidas con las innumerables columnas y pórticos de mármol. En el foro y en los mercados arrojaban agua las fuentes, y la perspectiva luminosa y polvorienta de las calles retratábase en las aguas de los canales.

Las palomas en dulce arrullo picoteaban por los suelos.

Las puertas de las iglesias abiertas de par en par daban paso á oleadas de perfumes y de incienso.

Las doncellas rociaban con agua de las fuentes las rosas de sus canastillos, y entonando alegres salmos adornaban con guirnaldas las columnas de las basílicas cristianas.

La muchedumbre llenaba las calles. Los carros y las literas avanzaban lentamente por en medio del arroyo.

A cada momento oíanse los gritos de:

—¡Gloria á Joviano Augusto, el grande y bienaventurado!

Otros añadían:

—¡El vencedor!»

Pero sin gran firmeza, con un tono marcado de ironía.

El mismo chiquillo qne en otro tiempo pintaba en los muros la caricatura de Juliano, palmoteaba ahora, silbaba, saltaba y gritaba:

—¡Ha muerto, ha muerto el jabalí salvaje, el enemigo del jardín celeste!

Repetia esta frase que había oído y parecíale tanto más ofensiva cuanto que no comprendía el sentido.

Una vieja encorvada y cubierta de harapos que vejetaba en un sucio rincón salió también al sol como un lagarto, celebrando con sus voces cascadas la fiesta.

Blandiendo un palo gritaba:

—¡Ha muerto Juliano, ha perecido el miserable!

Una infinita angustia rebosaba el corazón de Anatolio, pero caminaba cada vez más lejos, guiado por la curiosidad.

Llegó cerca de la catedral y allí vió al dignatario de cuestura Marco Avinio que salía de la basílica precedido de dos esclavos, que le abrían paso á empellones entre el gentío.

—¿Qué es esto? —exclamó viendo á Anatolio.— ¿Cómo está aquí este enemigo de los galileos?

La clámide violeta de Avinio estaba adornada con cruces de oro, lo mismo que su calzado rojo muy vivo.

Junio Mavrico, amigo también de Anatolio, acercóse á Avinio.

—¿Cómo estás, venerado?—preguntóle mirando con sorpresa cómica el nuevo vestido cristiano del dignatario.

Junio era un hombre libre que poseyendo una fortuna independiente el cambio de religión no le preocupaba. No le admiraba la transformación de sus compañeros y amigos, más le placía siempre al verles, exasperarles con preguntas y hacerse el ofendido que oculta su furor bajo la máscara del sarcasmo.

La multitud se apresuraba para penetrar en la iglesia, y en el desierto atrio podían discutir libremente los amigos.

Ocultóse Anatolio tras una columna y escuchó el diálogo:

—¿Por qué no te estás hasta que termine el oficio?—preguntó Mavrico.

—Padezco palpitaciones, me sofoco. Es falta de costumbre...

Y Avinio agregó pensativo:

—El nuevo orador tiene un estilo pedestre. Sus hiperboles me crispan los nervios. Un estilo... como si arañara el cristal con las uñas!

—¡Oh, es conmovedor!—dijo Mavrico con júbilo. —¡He ahí un hombre que todo lo ha traicionado!... ¡pero el estilo!

—No, no, tal vez no le he comprendido bien,— interrumpióle Avinio.—¡No vayas á figurarte, soy sincero!

De una hermosa litera salió gimoteando el gordo cuestor Garguilo:

—Me parece que llego tarde... pero no importa, aguardaré en el atrio... Dios y su espíritu.

—¡Oh, qué milagro!—exclamó riendo Mavrico.— Los textos de la biblia en boca de Garguilo!

—¡Que Cristo te perdone!—contestóle el cuestor, —¿por qué te agitas continuamente?

—¡Pero si no puedo llegar! ¡Se ven tantas conversiones!... Siempre supuse que tus opiniodes..,

—¡Qué tontería, amigo! Sólo tengo una opinión, y es que las cocineros galileos no son peores que los helenos... ¡preparan unos platos!... ¡que es para enfermar!... Vente á cenar, filósofo. Yo te convertiré en seguida á mis creencias. ¡Te chuparás los dedos de gusto! Y finalmente no es igual saborear un buen manjar en honor del dios Mercurio que de San Mercurio? Todo eso consiste en los prejuicios. ¿En qué molesta esto?

Dicho esto señaló la crucecilla de ámbar que flotaba entre los perfumados pliegues de la púrpura sobre su enorme abdomen.

—Mirad á Hekébolis, el gran sacrificador de la diosa Astarté Dindimena! ¡El hierofante arrepentido, con sus obscuros vestidos galileos! ¡Ah, por qué no estamos aquí, gran cantor de las *metamorfosis!* —decía con aire de triunfo señalando al viejo de sonrosado rostro sentado en una litera cubierta.

—¿Qué lee?

—Seguramente no serán las leyes de la diosa de Pesinum!

—¡Qué humildad! Mirad, los ayunos le han extenuado... ¡Cómo suspira elevando los ojos al cielo!

—¿Sabéis ya la historia de su conversación? —preguntó Garguilo sonriendo.

—¿Fué á ver al emperador Joviano y como antes con Juliano se ha arrodillado á sus pies?

—¡Oh, no, ha habido una novedad! Se ha arrepentido de pronto en público. Se ha prosternado

ante una basílica cuando salía Joviano delante de todos gritando: «¡Pisoteadme, pisoteadme! ¡yo soy la sal mala!» y llorando besaba los pies á los transeuntes.

— Sí... eso es muy nuevo. ¿Y eso gustó?

—¡Vaya! ha celebrado una entrevista con el emperador. La gente como él no se apura. Todo se convierte en provecho. Cuando sueltan la piel antigua rejuvenecen. ¡Debéis aprender, hijos míos!...

—¿Y qué habrá dicho al emperador?

—¡Quién sabe!—exclamó Garguilo con un dejo envidioso.—Le habrá dicho tal vez: «Apóyate fuertemente en el cristianismo y que no quede un pagano en el mundo! ¡La religión de los justos será el sostén de tu fuerza!» Ahora su porvenir está trazado. Mejor que con Juliano. Ya es imposible seguirle... ¡Qué sabiduría.

—¡Bienhechores míos, defendedme, arrancad á vuestro pobre esclavo Circumbrix del poder de los leones!

—¿Qué te ocurre?—preguntó Garguilo al zapatero tísico, que iba conducido por dos guardias de la prisión romana.

—¡Me van á encerrar en el calabozo!

—¿Por qué?

—Por saquear iglesias...

—¡Cómo, tú!...

—No, yo estaba entre el gentío y he gritado: «¡Pegadles!» Esto ocurrió en tiempo de Juliano. Entonces se decía: «César quiere que se destruyan las iglesias galileas.» Las hemos derribado, y ahora las

malas gentes dicen que me he apoderado de una copa de plata. Ni he entrado en la iglesia; estaba en el atrio; soy un hombre pacífico; mi tienda es pobre, pero se halla en una plaza muy concurrida, y si pasa algo, me llevan como testigo... No era para mí, me decían: «Está ordenado.» ¡Ah, libradme del calabozo; tened piedad de mí!

—¿Eres pagano ó cristiano?—preguntóle Junio.

—Ni yo mismo lo sé. Antes de Constantino, ofrecía sacrificios á los dioses; luego me batizaron; más tarde, bajo Constancio, llegó el arrianismo y me volví arriano; luego privaron los dioses y he sido helenista. Ahora vuelven á la primitiva fe. Quisiera arrepentirme y volver al arrianismo, pero temo no acertar. He destruido los ídolos de los dioses, luego los he reconstruido y más tarde los he derribado nuevamente. De manera que todo se ha revuelto en mi cabeza, y ya no sé ni lo que soy. Obedezco á mis superiores, y á pesar de ello nunca puedo acertar con la verdadera religión. Siempre llego demasiado pronto ó demasiado tarde. Nunca estoy tranquilo. Unas veces me castigan en nombre de los dioses y otras en nombre de Cristo. ¡Tengo hijos! ¡Defendedme!

—No temas, amigo mío,—dijo Garguilo;—Nosotros te defenderemos. Me hiciste unos buenos zapatos y me acordaré de tí.

Circumbrix cayó de rodillas, y algo más tranquilo exclamó:

—¿Y respecto á la religión en que quedamos, no habrá más cambios? Aun no me llega la camisa al cuerpo.

—No temas nada,—contestóle Garguilo.

Anatolio, sin ser visto por sus compañeros, penetró en la iglesia. Quería escuchar al célebre orador Teodorito.

El sol atravesaba las nubes de incienso. Uno de sus rayos iluminaba la roja barba del orador, que ocultaba el púlpito.

Sus escuálidas manos eran transparentes como la cera. Brillaba triunfante su mirada; la voz tronaba conmoviendo á la muchedumbre, llenando los ámbitos de la iglesia, y elevándose al cielo como un grito vengador.

—Voy á señalar para las venideras generaciones como sobre un madero infame, la historia miserable del renegado Juliano. Que todos los paises y todos los siglos me oigan y tiemblen ante la justicia divina. ¡Ven, ven aquí! Verdugo, sierpe de sabiduría, que ha llegado el día de las injurias. Gocemos todos unidos, hermanos; sonemos los tímpanos y entonemos el cántico de Miriem sobre la destrucción de los egipcios entre las aguas del mar Rojo. ¡Que el desierto se alegre así como la iglesia! ¡Ved como

me embriaga el regocijo!... ¿Dónde están tus víctimas? ¿Dónde tus misterios y ceremonias, emperador? ¿Dónde tus invocaciones y tus adivinaciones? ¿Dónde la gloria de Babilonia, de las medas y de los persas? ¿Dónde están los dioses que te protegían, tus defensores, oh, Juliano? ¡Todo murió; todo te engañó; todo se ha desvanecido!

—¡Ah, querida mía, qué barba!—hizo notar á su vecina una vieja patricia, muy compuesta, que estaba junto á Anatolio.—¡Es de oro, de oro algo obscuro!

—Sí, es verdad, pero ¿y los dientes?...—replicó la amiga.

—¿Cómo, los dientes? Poco se nota con esa belleza.

—¡Oh, no Verónica!... no digas eso, y además, ¿puede compararse siquiera al hermoso Tifenio?...

Teodorito continuaba:

—Juliano ha cultivado en sí toda la maldad como los peores hombres y como las bestias más salvajes acumulan el veneno. Dios aguardaba á que toda la maldad del desdichado se pusiera de manifiesto para herirle.

—No debíamos faltar al circo,—murmuró otro vecino de Anatolio, un obrero, al oído de su compañero.—Tendremos osas de Bretaña.

—¡Quiá! ¿Verdaderas?

—Sí; una se llama *Mica Aurea* y otra *Inocentia*. Están alimentadas con carne humana, y luego tendremos también gladiadores.

—¡Señor Jesús! No faltemos á eso. Iremos pronto ó nos quedaremos sin sitio.

En aquel instante, Teodorito alababa al antecesor de Juliano, Constancio, por su caridad cristiana, su vida pura y su amor al prójimo.

Anatolio ahogábase entre la multitud. Salió de la basílica y respirò con ansia el aire fresco, no percibiendo ya el olor á incienso y á aceite quemado de las lámparas, y miró al firmamento azul, diáfano y despejado.

En el atrio conversaban en alta voz sin consideración ninguna. Entre la multitud circulaba un grave rumor.

En aquel momento iban á pasear por calles y plazas, á las dos osas destinadas al anfiteatro.

Los que escuchaban aquella noticia, abandonaban la iglesia sin esperar á que Teodorito terminase, y preguntaban gravemente:

—¿No llegaremos tarde? ¿Está enferma *Mica Aurea*»

—*Inocentia* es la que tuvo una indigestión esta noche; pero ahora parece que está bien.

—¡Gracias á Dios!,..

El sermón de Teodorito no conseguía vencer la seducción de los gladiadores, ni de *Mica Aurea*. La iglesia iba quedando desierta.

Anatolio vió salir corriendo en dirección al circo, de todas las calles y encrucijadas, gentes anhelantes.

Se atropellaban, se empujaban, pasaban por encima de los niños y las mujeres, perdían algunos las sandalias, y ninguno se detenía en su carrera.

En los rostros de aquellos veíase pintada tal prisa para llegar, que se hubiera creido que se trataba de la salvación de la existencia.

Dos nombres llenos de promesas de sangre volaban de boca en boca:

—¡*Mica Aurea*! ¡*Inocentia*!

Siguió Anatolio á la multitud al anfiteatro.

El *velarium*, según costumbre romana, impregnado de perfumes, protegía al público contra los rayos del sol y esparcía agradable frescura.

El pueblo se agitaba ya impaciente.

Antes de comenzar los juegos, los más elevados dignatarios de Antioquia, llevaron al palco imperial la estatua de bronce de Joviano, á fin de que el pueblo se deleitase con la vista del soberano.

Augusto ostentaba en su diestra un globo rematado por una cruz.

Un rayo de sol fué á caer sobre la frente del emperador, y la muchedumbre notó sobre el rostro de bronce una sonrisa de satisfacción.

Los dignatarios besaban los pies de la estatua, y el populacho vociferaba alegremente:

—¡Gloria al salvador de la patria, Augusto Joviano!

—¡Gloria al sucesor del inicuo Juliano, destruido por la mano de Dios!

Todos los brazos se levantaban y la multitud agitaba pañuelos y cintas de colores.

Aclamábase en Joviano, al representante del pueblo, su alma, su imágen reinando sobre la tierra.

Mofándose del emperador muerto, la multitud se

dirigía á él como si estuviera presente y pudiera oirles.

—¡Veamos, filósofo, la sabiduría de Platon y de Crisipo no te han servido para nada! ¡Júpiter y Febo no te han protegido! ¡Ahora estás entre las garras de los diablos que te atormentan! ¡Impío! ¡Cristo ha vencido, nosotros hemos vencido! ¡nosotros los humildes!

Estaban convencidos de que Juliano había sido muerto por un galileo, y alababan á Dios por el golpe salvador enalteciendo al regicida. Mas el furor del pueblo llegó á su apogeo cuando miró al gladiador bajo las garras de *Mica Aurea*. Abríanse los ojos desmesuradamente para saciarse con el espectáculo de la sangre. Al rugido de las fieras contestaba la multitud con otro rugido más salvaje aún. Cantaban la Gloria de Dios como si vieran en aquel momento el triunfo de su causa.

—¡Gloria al emperador Joviano, el muy piadoso!

—¡Cristo ha vencido! ¡Cristo ha vencido!

Anatolio sentía con repugnancia el rumor del populacho, el hálito del rebaño humano. Cerrando los ojos y procurando no respirar se dirigió á la calle corriendo, volvió á su casa, cerró la puerta, las ventanas, tendióse en el lecho y permaneció así hasta la noche.

Mas era imposible escapar del populacho.

Cuando descendió el crepúsculo, Antioquía entera iluminóse con millares de luces.

Los ángulos de las basílicas, las cornisas de los monumentos ostentaban grandes antorchas; en ca-

lles y plazas ardían innumerables lamparillas, y en la morada de Anatolio filtrábase el resplandor de las luces á través de las rendijas de las ventanas, y el olor á alquitrán y á sebo.

Desde las tabernas cercanas llegaban las canciones de los legionarios borrachos, las carcajadas de las prostitutas, y dominando todo las alabanzas á Joviano y los anatemas a Juliano el Renegado.

Anatolio sonriendo amargamente levantó los ojos al cielo y gimió:

—¡En verdad, que has vencido, Galileo!

XXII

La gran trirreme que hacía el trayecto de Seleucia, Antioquía é Italia, era un soberbio navío mercante. Cargado de ricos tapices de Asia, y de ánforas de aceite de olivas, bogaba entre las islas del Archipiélago. Dirigíase hacia la de Creta, donde había de tomar carga de lana y desembarcar algunos monjes que iban á un nuevo monasterio.

Sentados en la proa, pasaban éstos los días en piadosas pláticas, oraciones y trabajos conventuales, que eran construir cestos con hojas de palmera.

Los demás pasajeros iban á popa, bajo una ligera vela de tela violada. Estos, que eran Anatolio, Amiano Marcelino y Arsinoé, no se relacionaban con los monjes por considerarles paganos.

La tarde era espléndida, y los remeros (esclavos